

Presentación del Señor

2 de febrero

Esta celebración, a la que sería más propio llamar «fiesta del encuentro» (del griego *Hypapánte*), se desarrollaba ya en Jerusalén en el siglo IV. Con Justiniano, en el año 534, se volvió obligatoria en Constantinopla, y con el papa Sergio I, de origen oriental, también en Occidente, con una procesión a la basílica de Santa María la Mayor que se celebraba en Roma. La bendición de las candelas (de donde proviene la denominación de «candelaria») se remonta al siglo X.

LECTIO

Primera lectura: Malaquías 3,1-4

Así dice el Señor: ¹ Mirad, yo envío mi mensajero a preparar el camino delante de mí, y de pronto vendrá a su templo el Señor, a quien vosotros buscáis; el ángel de la alianza, a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene, dice el Señor todopoderoso. ² ¿Quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién se mantendrá en pie en su presencia? Será como fuego de fundidor y como lejía de lavandera. ³ Se pondrá a fundir y a refinar la plata. Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. ⁴ Entonces agradecerán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados, como en los años remotos.

➔ Dos son los mensajeros presentados por el profeta, y el uno introduce al otro: el que prepara el camino al Señor que viene y el de la alianza, el Esperado. Ángel significa «mensajero» en griego: es interesante que la traducción se refiera al primero como mensajero y reserve el término «ángel», atribuido por lo general a una criatura celeste, al segundo. Con ello se pretende ayudar a distinguir entre el que es sólo precursor y el Mesías suspirado, de origen divino. A través de la sombra elocuente de la figura se pretende señalar, en perspectiva, al Bautista y a Cristo. Uno realizará la tarea del Redentor, el otro la de su Precursor. Uno entrará en el templo, el otro sólo le preparará el acceso. Y Aquel que entrará en el templo santificará en sí mismo los ministros y el culto mediante la ofrenda pura de la nueva alianza.

Segunda lectura: Hebreos 2,14-18

¹⁴ Y, puesto que los hijos tenían en común la carne y la sangre, también Jesús las compartió, para poder destruir con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo, ¹⁵ y librar a aquellos a quienes el temor a la muerte tenía esclavizados de por vida. ¹⁶ Porque, ciertamente, no venía en auxilio de los ángeles, sino en auxilio de la raza de Abrahán. ¹⁷ Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito, capaz de obtener el perdón de los pecados del pueblo. ¹⁸ Precisamente porque él mismo fue sometido al sufrimiento y a la prueba, puede socorrer ahora a los que están bajo la prueba.

➔ «Carne» y «sangre» fueron reducidos por el enemigo al poder de la «muerte». Carne y sangre vienen de Cristo, Dios hecho hombre, divinizados y liberados de tal esclavitud. La raza de Abrahán queda así restituida a la vida. Y no sólo eso, sino que, como alianza perenne del misterio de la fe, misterio de la redención y misterio de la resurrección de la carne para la vida eterna, he

aquí que el divino Hijo unigénito se presenta no sólo como el primero entre muchos hermanos, sino que se hizo para ellos también sumo sacerdote, mediador en su ser humano-divino de la fidelidad de Dios, Padre de la vida. El sumo sacerdote es definido, en efecto, como «*misericordioso*», porque viene y lo hace «por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación».

Evangelio: Lucas 2,22-40

²² Cuando se cumplieron los días de la purificación prescrita por la Ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, ²³ como prescribe la Ley del Señor: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor.* ²⁴ Ofrecieron también en sacrificio, como dice la Ley del Señor, *un par de tórtolas o dos pichones.*

²⁵ Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él ²⁶ y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías enviado por el Señor. ²⁷ Vino, pues, al templo, movido por el Espíritu y, cuando sus padres entraban con el niño Jesús para cumplir lo que mandaba la ley, ²⁸ Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

²⁹ Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar que tu siervo muera en paz.

³⁰ Mis ojos han visto a tu Salvador,

³¹ a quien has presentado ante todos los pueblos,

³² como luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de las cosas que se decían de él. ³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

—Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, ³⁵ y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos.

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya muy anciana. Había estado casada siete años, siendo aún muy joven; ³⁷ después había permane-

cido viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, dando culto al Señor día y noche con ayunos y oraciones. ³⁸ Se presentó en aquel momento y se puso a dar gloria a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

³⁹ Cuando cumplieron todas las cosas prescritas por la Ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios.

➔ Se presenta en el texto una secuencia interesante con el verbo «ver»: ver la muerte, ver al Mesías, ver la salvación. El anciano Simeón, iluminado por el Espíritu Santo, se convierte en testigo de que «todas las cosas se cumplieron» según la ley, para que surja el Evangelio. Un Niño «*signo de contradicción*», una Madre llamada a una maternidad mesiánica de dolor junto a su redentor, y un anciano temeroso de Dios son los protagonistas del resumen de todo el Evangelio. Antigua y nueva alianza, Navidad y Pascua: aquí se encuentran en figura todos los misterios de la salvación, aquí se recapitula la historia, se le da cumplimiento en el tiempo, respondiendo a la colaboración y a la expectativa de los justos de todos los tiempos: José y Ana.

MEDITATIO

Podemos considerar la fiesta que hoy celebramos como un puente entre la Navidad y la Pascua. La Madre de Dios constituye el vínculo de unión entre dos acontecimientos de la salvación, tanto por las palabras de Simeón como por el gesto de ofrenda del Hijo, símbolo y profecía de su sacerdocio de amor y de dolor en el Gólgota. Esta fiesta mantiene en Oriente la riqueza bíblica del título «*encuentro*»: encuentro «histórico» entre el Niño divino y el anciano Simeón, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la profecía y la realidad y, en

la primera presentación oficial, entre Dios y su pueblo. En un sentido simbólico y en una dimensión escatológica, «encuentro» significa asimismo el abrazo de Dios con la humanidad redimida y la Iglesia (Ana y Simeón) o la Jerusalén celestial (el templo). En efecto, el templo y la Jerusalén antigua ya han pasado cuando el Rey divino entra en su casa llevado por María, verdadera puerta del cielo que introduce a Aquel que es el cielo, en el tiempo nuevo y espiritual de la humanidad redimida. A través de ella es como Simeón, experto y temeroso testigo de las divinas promesas y de las expectativas humanas, saluda en aquel Recién nacido la salvación de todos los pueblos y tiene entre sus brazos la *«luz para iluminar a las naciones»* y la *«gloria de tu pueblo, Israel»*.

ORATIO

¿Por qué, oh Virgen, miras a este Niño? Este Niño, con el secreto poder de su divinidad, ha extendido el cielo como una piel y ha mantenido suspendida la tierra sobre la nada; ha creado el agua a fin de que hiciera de soporte al mundo. Este Niño, oh Virgen purísima, rige al sol, gobierna a la luna, es el tesorero de los vientos y tiene poder y dominio, oh Virgen, sobre todas las cosas. Pero tú, oh Virgen, que oyes hablar del poder de este Niño, no esperes la realización de una alegría terrena, sino una alegría espiritual (Timoteo de Jerusalén, siglo VI).

CONTEMPLATIO

Añadimos también el esplendor de los cirios, bien para mostrar el divino esplendor de Aquel que viene, por el que resplandecen todas las cosas y, expulsadas las horrendas tinieblas, quedan iluminadas de manera abundante por la luz eterna; bien para manifestar en

grado máximo el esplendor del alma, con el que es necesario que nosotros vayamos al encuentro de Cristo. En efecto, del mismo modo que la integérrima Virgen y Madre de Dios llevó encerrada con los pañales a la verdadera luz y la mostró a los que yacían en las tinieblas, así también nosotros, iluminados por el esplendor de estos cirios y teniendo entre las manos la luz que se muestra a todos, apresurémonos a salir al encuentro de Aquel que es la verdadera luz (Sofronio de Jerusalén, † 638).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor:
«*Yo soy la luz del mundo*» (Jn 8,12).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Cómo se comporta Simeón ante la grandiosa perspectiva que ve abrirse para su pueblo, en el despuntar de los nuevos tiempos mesiánicos? Con pocas palabras, nos enseña el desprendimiento, la libertad de espíritu y la pureza de corazón. Nos enseña cómo afrontar con serenidad ese momento delicado de la vida que es la jubilación. Simeón mira su muerte con serenidad. No le importa tener una parte y un nombre en la incipiente era mesiánica; está contento de que se realice la obra de Dios; con él o sin él, es asunto que carece de importancia.

El *Nunc dimittis* no nos sirve sólo para la hora de nuestra muerte o de nuestra jubilación. Nos incita ahora a vivir y a trabajar con este espíritu, a liberar la casa que construimos, pequeña o grande, de modo que podamos dejarla con la serenidad y la paz de Simeón. A vivir con el espíritu de la pascua: con la cintura ceñida, el bastón en la mano, puestas las sandalias, preparados para abrir al mismo Señor cuando llame a la puerta. Para poder hacer esto, es necesario que también nosotros, como el anciano Simeón, «estreichemos al niño Jesús en nuestros brazos». Con él estrechado contra nuestro corazón, todo es más

fácil. Simeón mira con tanta serenidad su propia muerte porque sabe que ahora también volverá a encontrar, más allá de la muerte, al mismo Señor y que será un estar todavía con él, de otro modo (R. Cantalamessa, *I misteri di Cristo nella vita della Chiesa*, Milán 1992, pp. 75-78, *passim* [edición española: *Los misterios de Cristo en la vida de la Iglesia*, Edicep, Valencia 1993]).

San Blas

3 de febrero

San Blas fue obispo de Sebaste (Armenia, en la actual Turquía) en los comienzos del siglo IV. Aunque nos deja un tanto perplejos la incertidumbre histórica de lo que tiene que ver con su vida, nos habla de ella la fuerte densidad de la tradición relacionada con él. Su culto, en efecto, es popularísimo, y está ligado sobre todo a la tradicional bendición de la garganta.

Se lee en su «pasión» que, mientras le conducían al martirio, salió una mujer entre la muchedumbre de los curiosos para poner a su hijito, que se estaba ahogando a causa de una espina de pescado que se le había clavado en la garganta, a los pies del obispo Blas. Éste oró poniendo sus manos en la garganta del niño, que, de inmediato, quedó curado.

Por otra parte, han florecido otras amenas leyendas en torno a la figura del santo. Éste, en efecto, tras haber encontrado refugio en una cueva antes de haber sido hecho prisionero y conducido al martirio, habría curado también la garganta de un león y de otros animales salvajes, expresando así esa benevolencia universal –incluso cósmica– que brilla en el corazón de todo verdadero seguidor de Jesús.

San Blas estaría incluido entre los mártires caídos bajo la persecución de Licinio. La fecha de su decapitación, el año 316, oscila entre la historia y la leyenda. Estamos al final de la era de los mártires.

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 3,1-9

¹ Las almas de los justos están en las manos de Dios,
y ningún tormento los alcanzará.

² Los insensatos piensan que están muertos,
su tránsito les parece una desgracia,

³ y su salida de entre nosotros, un desastre,
pero ellos están en paz.

⁴ Aunque a juicio de los hombres han sufrido un castigo,
su esperanza estaba llena de inmortalidad,

⁵ y por una leve corrección recibirán grandes bienes.
Porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de él.

⁶ Los probó como oro en el crisol
y los aceptó como un holocausto.

⁷ En el juicio de Dios aparecerá su resplandor
y se propagarán como chispas en un rastrojo.

⁸ Dominarán sobre naciones, gobernarán pueblos
y su Señor reinará sobre ellos para siempre.

⁹ Los que ponen en él su confianza comprenderán la verdad,
y los fieles permanecerán junto a él en el amor,
pues la gracia y la misericordia son para sus elegidos.

➡ El texto del libro de la Sabiduría es una espléndida exaltación de los justos que, a pesar del ensañamiento de los impíos y de haber sufrido la muerte, en realidad, están a salvo *«en las manos de Dios»*. Si traemos a la memoria otros pasajes bíblicos, se manifiesta toda la fuerza y la ternura de esta expresión: *«Señor Dios, no destruyas a tu pueblo, a la heredad que has rescatado con tu poder y que sacaste de Egipto con mano fuerte»* (Dt 9,26); *«Soy yo; yo soy el primero y el último. Mi mano fundó la tierra, mi diestra extendió el cielo»* (Is 48,12-13); *«Te he cobijado al amparo de mi mano. Desplegué el cielo, cimenté la tierra»* (Is 51,16).

El autor sagrado puntualiza, a continuación, que la muerte del justo, considerada por los necios como el fin de todo, es, de hecho, la realización de un *«esperanza repleta de inmortalidad»* (cf. Sal 16,1ss; 17,15). El contrapunto, también de gran valor literario, está representado por la brevedad del dolor, que ya está pasando, y por la eternidad de los inmensos bienes que consigue el justo. Esta verdad se hace más profunda y se ilumina ulteriormente en el Nuevo Testamento: *«Porque momentáneas y ligeras son las tribulaciones que, a cambio, nos preparan un caudal eterno e incommensurable de gloria»* (2 Cor 4,17).

En efecto, en la economía del cristianismo, aquellos a quienes Dios *«probó como oro en el crisol y los aceptó como un holocausto»* han vivido su martirio en unión con Cristo Jesús, que *«se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio de suave olor a Dios»* (Ef 5,2). Esta realidad del *misterio pascual* otorga densidad y una luz todavía más vívida a las estupendas afirmaciones del autor veterotestamentario sobre los justos: que *«en el juicio de Dios aparecerá su resplandor y se propagarán como chispas en un rastrojo»*, serán *«Reino de Dios»*, teniendo poder, a su vez, sobre los pueblos y, sobre todo, ¡oh beatitud y reposo del corazón, *«permanecerán junto a él en el amor»*.

Evangelio: Mateo 10,28-33

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

²⁹ ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. ³¹ No temáis; vosotros valéis más que todos los pájaros.

³² Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial, ³³ pero a quien me niegue delante de los hombres yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

➤ Jesús anima a los discípulos tras haberles invitado a ir a evangelizar como «*ovejas en medio de lobos*» (v. 16). Los convence de que le «sigan» no por recompensas humanas, sino por aquella plenitud de vida que «*los que matan el cuerpo*» (v. 28) no pueden matar. El fragmento es una joya de espléndida certeza evangélica engastada entre dos mandatos: «*No tengáis miedo*» (v. 28) y «*No temáis*» (v. 31). La tranquilidad consoladora procede además de dos imágenes: la de «*¿no se vende un par de pájaros por muy poco dinero?*» (v. 29) y la de «*los cabellos de vuestra cabeza*» (v. 30), dos realidades enormemente frágiles y pobres. Así pues, si Dios se ocupa también de estas realidades, ¡cuánto más a pecho se tomará la salvación de toda nuestra persona! A lo único que hemos de temer es al espíritu del mal, que, después de esta breve vida, puede matar –¡pero para siempre!– a todo el hombre en la Gehena, es decir, en el ambiente del *antiamor*.

MEDITATIO

En esta época nuestra en la que se idolatra el cuerpo y se le hace objeto de una excesiva preocupación por su salud o es maltratado en el remolino de una vida superexcitada y de superempleo, la clara lección de san Blas traduce, en el orden concreto de los hechos, lo que dicen los dos fragmentos bíblicos. Sustancialmente, el espantajo, exorcizado continuamente de todas las maneras posibles en nuestros días, es la muerte. El mártir, por el contrario, no tiene miedo de esta ineludible «hermana nuestra muerte corporal», precisamente porque tiene en el corazón una «*esperanza [...] llena de inmorta-*

lidad» y porque el «no temáis» de Jesús, unido a la persuasión de que «vosotros valéis más que todos los pájaros», les infunde una fuerza y una audacia que no son temerarias, sino serenas.

San Blas, que se esconde en una cueva para escapar de las persecuciones, subraya el hecho de que el verdadero cristiano no está por el exhibicionismo heroico de la resistencia al dolor físico. El mártir no es alguien que desprecia el cuerpo y esta vida terrena. Ahora bien, ante a las decisiones en las que se trata de escoger entre Dios, con las alegres pero exigentes propuestas del Evangelio de Cristo, y las seductoras pero equívocas e ilusorias propuestas del que tiene poder para perder a todo el hombre en la Gehena, el mártir (¡testigo!) escoge a Dios. A un precio elevado, es cierto, pero sólo el alborear ya de un sol de ilimitada felicidad de amor para siempre, más allá del breve y fugaz padecimiento, puede decirnos cuánto vale la pena.

ORATIO

Oh Señor, que nos has dado en el obispo san Blas no sólo un pastor, amigo de los hombres y ayuda benéfica incluso de los animales, sino un animoso testigo de la fe, ayúdame a vivir a lo largo de este día *dando testimonio* de tu amor. Hazme fuerte en las pruebas grandes y en las pequeñas, para que las afronte como este mártir, unido a Jesús, en virtud de su misterio pascual. Por la intercesión de san Blas, bendíceme y líbrame de todo mal.

CONTEMPLATIO

El Señor ha dicho: «Seréis como corderos en medio de lobos». Respondió Pedro: «¿Y si los lobos devoran a

los corderos?». Pero Jesús dijo a Pedro: «Los corderos, después de su muerte, ya no tienen nada que temer de los lobos. Tampoco vosotros, pues, debéis temer a los que os maten pero no puedan, a continuación, haceros ningún otro daño. Temed, por el contrario, al que, después de vuestra muerte, tiene poder para echar vuestra alma y vuestro cuerpo a la Gehena del fuego. Sabed también [...] que la promesa de Cristo es grande, tanto como la bienaventuranza del Reino (*Evangelio apócrifo de Tomás*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor:
«No temáis; vosotros valéis más que todos los pájaros»
(Mt 10,31).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En las *Actas del martirio de san Justino* se cuenta que el prefecto Rústico puso a Justino y a sus compañeros ante esta alternativa: hacer sacrificios a los dioses o ser torturados y decapitados. Justino fue el primero en negarse a hacer sacrificios. Lo mismo dijeron todos los demás mártires: «Haz lo que quieras; nosotros somos cristianos y hacemos sacrificios a los ídolos». La condena fue la decapitación «con arreglo a la ley» (PG 6, 1366-1371).

La decisión de los mártires de morir antes que renegar de su fe y de su amor a Cristo es locura a los ojos de los hombres. Así la consideraba un hombre de gran envergadura moral, el emperador Marco Aurelio. Pero también puede hacer reflexionar sobre el valor de la fe, tan grande que a ella se sacrifica la vida. Escribe Blaise Pascal en sus *Pensamientos*: «Creo sólo en las historias cuyos testigos se dejarían degollar» (n. 593). Dicho con otras palabras, si la fe es para los cristianos un valor tan grande que por ella están dispuestos a morir, es algo que no puede

no hacer reflexionar sobre la verdad del cristianismo. No se sacrifica la vida por una ilusión o por una fábula cuando los que lo hacen no son unos ilusos o unos fanáticos, sino personas normales, razonables, de alta envergadura moral y, a menudo, incluso de elevada cultura y de sano juicio.

El 7 de mayo de 2000, Juan Pablo II, en una ceremonia ecuménica desarrollada en el Coliseo, quiso que la Iglesia –no sólo la Iglesia católica, sino también las otras Iglesias y comuniones cristianas– recordara que el martirio es una realidad que forma parte de la naturaleza de la misma Iglesia y que el siglo XX ha sido, más que otras épocas, «el siglo de los mártires». De este modo, quiso dar un «signo» tanto a los cristianos como a los no cristianos y a los no creyentes, para invitarles a reflexionar no sólo sobre la trágica realidad del martirio –en lo que se refiere al siglo XX, se llegó a 12.692 mártires, de los que 2.351 eran laicos, 5.353 sacerdotes y seminaristas, 4.872 religiosos y religiosas y 126 obispos–, sino también sobre el significado que el martirio tiene para la vida de los cristianos e incluso para aquellos que no son cristianos pero dan culto a los valores que hacen la vida digna de ser vivida y, si fuere necesario, entregada (*Il senso del martirio cristiano*, editorial de *La Civiltà Cattolica* del 15 de julio de 2000).

Santa Águeda

5 de febrero

Águeda nació en Catania alrededor del año 225. Su belleza atrajo la atención del cónsul pagano Quinciano, que la quiso como esposa. Águeda, prometida ya a Cristo, se negó. Entonces fue encarcelada y torturada: le cortaron los senos. Murió en torno al año 251. Un año después, durante una violenta erupción del Etna, los habitantes de Catania la invocaron para detener la lava exponiendo su velo. Su nombre figura en el canon romano.

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 10,17–11,2

Hermanos: ^{10,17} Pues *el que quiera presumir que lo haga en el Señor.* ¹⁸ Porque no es quien se alaba a sí mismo el que es aceptado como justo, sino aquel a quien alaba el Señor.

^{11,1} ¡Ojalá me disculpéis si desvarió un poco! Estoy seguro de que lo haréis, ² pues mis celos por vosotros son celos a lo divino, ya que os he desposado con un solo marido, presentándoos a Cristo como si fuerais una virgen casta.

➡ La comunidad a la que se dirige el apóstol es una comunidad atribulada: Corinto es una ciudad de mar,

de puerto, encrucijada de gente, usos y costumbres, pero también de inevitable corrupción y laxismo moral en medio de la relatividad de los valores puestos en juego. He aquí, pues, los «*celos a lo divino*» de los que se hace intérprete Pablo respecto a aquellos que han sido «*pagados a un precio elevado*», es decir, redimidos por la sangre de Cristo, a fin de que fueran y siguieran siendo «*nuevas criaturas*». El apóstol se siente más que responsable de aquella Iglesia local, de su preparación para las bodas del Cordero, de presentarla a Cristo esposo después de haberla guardado como «*virgen casta*» en la fidelidad del amor por su Señor.

Evangelio: Mateo 10,28-33

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

²⁹ ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. ³¹ No temáis; vosotros valéis más que todos los pájaros.

³² Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial; ³³ pero a quien me niegue delante de los hombres yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

➔ «*No tengáis miedo*»: esta expresión evangélica resonó en la plaza de San Pedro de Roma el 22 de octubre de 1978, al comienzo del pontificado de Juan Pablo II. Fueron unas palabras que sacudieron al mundo adormecido, y, como una onda poderosa, han cambiado la historia del siglo XX. Y han derribado, además de muchos «muros» y lugares de martirio, el umbral del nuevo milenio. Esas palabras eran el eco intenso de aque-

llas otras con las que el Redentor preparó a doce hombres para derribar, con la fuerza de la evangelización, los confines del mundo y de los corazones. Cristo derribó el más elemental miedo humano: la privación de la vida terrena. Para el hombre carente de perspectiva ultraterrena, esta vida lo es todo, mas para el hombre de la resurrección todo se relativiza aquí en nombre de una Verdad absoluta y perenne.

MEDITATIO

Se ha transmitido que la mártir Águeda dijo al verdugo que hacía estragos en su cuerpo: «Cruel tirano, ¿no te avergüenza torturar en una mujer el mismo seno del que de niño succionaste la vida?». El respeto a la dignidad de la mujer educa al hombre en la humildad que estima los valores superiores de la vida y que le manifiestan el amor del que goza en Dios.

Es estupenda esta reflexión del cardenal Wyszynski: «Por voluntad de Dios estoy de nuevo en medio de un grupo de mujeres. Me repito: cada vez que una mujer entre en tu habitación, levántate siempre, aunque estés ocupadísimo. Levántate tanto si ha entrado la madre superiora o sor Cleofasa para encender la estufa. Acuérdate de que ella te recuerda siempre a la Esclava del Señor, a cuyo nombre toda la Iglesia se pone en pie. Acuérdate de que de este modo honras a tu Inmaculada Madre, a la que esta mujer está más estrechamente unida que tú. De este modo pagas la deuda que tienes contraída con tu madre natural, que te ha servido con su propia sangre y con su propio cuerpo. Ponte en pie y no vacíles; vence tu presunción masculina y tu autoritarismo. Levántate aunque haya entrado la más desamparada de las magdalenas. Sólo entonces habrás imitado hasta el fondo a tu maestro, que se levantó del trono a la diestra del Padre para salir al encuentro de la Esclava del Señor.

Sólo entonces habrás imitado al Padre Creador, que envió a María en ayuda de Eva. Levántate sin vacilar: te hará bien» (S. Wyszynski, *Appunti dalla prigione*, Bolo-
nia 1983, p. 240 [edición española: *Diario de la cárcel*,
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1984]).

ORATIO

Te doy gracias, mujer-madre, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz [...]. Te doy gracias, mujer-consagrada, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta «esponsal», que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura [...]. Te doy gracias, mujer, por el hecho mismo de ser mujer. Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas (Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, Roma 1995, *passim*).

CONTEMPLATIO

Esta mujer virgen, que hoy os ha invitado a nuestro convite sagrado, es la mujer desposada con un solo esposo, Cristo, para decirlo con el mismo simbolismo nupcial que emplea el apóstol Pablo.

Una virgen que, con la sangre siempre encendida, enrojecía y embellecía sus labios, mejillas y lengua con la púrpura de la sangre del verdadero y divino Cordero, y que no dejaba de recordar y meditar continuamente la

muerte de su ardiente enamorado, como si la tuviera presente ante sus ojos.

De este modo, su mística vestidura es un testimonio que habla por sí mismo a todas las generaciones futuras, ya que lleva en sí la marca indeleble de la sangre de Cristo, de la que está impregnada, como también la blancura resplandeciente de su virginidad.

Águeda hizo honor a su nombre, que significa «buena». Ella fue en verdad buena por su identificación con el mismo Dios; fue buena para su divino Esposo y lo es también para nosotros, ya que su bondad provenía del mismo Dios, fuente de todo bien (Metodio de Sicilia, «Sermón sobre santa Águeda», en *Analecta Bollandiana*, 68, 76-78).

ACTIO

Durante esta jornada, medita y repite la exclamación de santa Águeda:

«Mi coraje está arraigado en Cristo».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el Espíritu de Cristo, la mujer puede descubrir el significado pleno de su femineidad y, de esta manera, disponerse al don sincero de sí misma a los demás y encontrarse también a sí misma.

En el año mariano, la Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el misterio de la mujer y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las maravillas de Dios que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella y por medio de ella. En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?

La Iglesia, por consiguiente, da gracias por todas las mujeres y por cada una: por las madres, las hermanas, las esposas; por las mujeres consagradas a Dios en la virginidad; por las mujeres dedicadas a tantos y tantos seres humanos que esperan el amor gratuito de otra persona; por las mujeres que velan por el ser humano en la familia, la cual es el signo fundamental de la comunidad humana; por las mujeres que trabajan profesionalmente, mujeres cargadas a veces con una gran responsabilidad social; por las mujeres «perfectas» y por las mujeres «débiles».

Por todas ellas, tal como salieron del corazón de Dios en toda la belleza y riqueza de su femineidad, tal como han sido abrazadas por su amor eterno; tal como, junto con los hombres, peregrinan en esta tierra que es la patria de la familia humana, que a veces se transforma en «un valle de lágrimas»; tal como asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad en las necesidades de cada día y según aquel destino definitivo que los seres humanos tienen en Dios mismo, en el seno de la Trinidad inefable.

La Iglesia expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del «genio» femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina (Juan Pablo II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 31).

San Pablo Miki y compañeros

6 de febrero

Pablo Miki, jesuita japonés, fue uno de los veintiséis mártires que, el 5 de febrero de 1597, murieron crucificados en la colina de Tateyama –llamada después «colina santa»–, cerca de Nagasaki, a causa de su fe católica. La evangelización de Japón había empezado con san Francisco Javier (1549-1551) y se había desarrollado gracias a la acción de sus hermanos de religión, hasta el punto de que, en 1587, los cristianos formaban ya una Iglesia numerosa de 250.000 miembros.

Pocos años después empezaron graves dificultades, y el emperador, que al principio había favorecido a los misioneros, decretó la expulsión de los misioneros jesuitas, encarceló a seis franciscanos españoles –llegados entretanto– y a tres jesuitas japoneses. La represión fue dura.

Pablo Miki era hijo de un oficial. Había sido educado en el colegio jesuita de Anziquaiama y en 1580 entró en la compañía de Jesús. Era conocido por la calidad de su vida y por su capacidad de comunicar el Evangelio. Todavía no era sacerdote. Murió crucificado junto a otros veinticinco cristianos: seis misioneros franciscanos españoles, un escolástico y un hermano jesuita japonés y diecisiete laicos también de esta nacionalidad. Fueron los primeros mártires del Extremo Oriente inscritos en el martirologio. Fueron canonizados por Pío IX el 8 de junio de 1862.

LECTIO

Primera lectura: Gálatas 2,19ss

Hermanos: ¹⁹ La misma ley me ha llevado a romper con la ley, a fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo, ²⁰ y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

➔ La experiencia vivísima de Pablo se inserta en la vida de la comunidad de la Galacia (1,2), que vive la lozanía de la fe pero es probada en su interior por hermanos que, para alcanzar la salvación, consideran necesaria la observancia de la Ley de Moisés, con todo lo que esto trae consigo: «*Si no os hacéis circuncidar según el uso de Moisés, no podéis salvaros*» (Hch 15,1).

Son las pruebas a través de las cuales van descubriendo vitalmente los discípulos el verdadero origen de la salvación y alcanzan, por tanto, en su relación con Cristo Señor, una mayor claridad sobre su propia identidad, aprenden a reconocer la acción del Espíritu en el desarrollo de la Iglesia y encuentran su ubicación en la sociedad. Se trata, una vez más, de llevar a cabo una elección frente a Cristo y al *único Evangelio*, fundamentando la propia vida no en normas y prácticas, como sucedía en el contexto judío, sino en Cristo y en Cristo crucificado. Pablo no pretende proponer a los gálatas una doctrina para que sea debatida; quiere conducir a la comunidad, con la mediación de su propia experiencia vital (1,10–2,21), a reflexionar sobre la «*verdad del Evangelio*» (2,14), a reconocer que la justificación procede de la fe y no de las obras de la ley, a encontrarse con Cristo crucificado, a vivir la vida con la libertad de hijos guiados por el Espíritu.

Pablo «sabe» quién es su Señor. «*Estoy crucificado con Cristo*» (2,20): es el nacimiento a la vida nueva y la plena identificación con Jesús. Su vida se desarrolla en la comunión profunda, única y misteriosa con Cristo, que le ha amado y ha dado su vida por él.

Evangelio: Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos, que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner en obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

➔ La comunidad de los discípulos ha sido convocada para recibir la revelación definitiva. El lugar está repleto de significado: Galilea, un monte. En Galilea se había anunciado por primera vez la venida del Reino (4,17); en un monte había vivido Jesús la prueba con el Tentador, que le había ofrecido el dominio sobre los reinos del mundo (4,8-10); en un monte había enseñado Jesús su nueva doctrina de vida (5,1ss); en un monte había tenido lugar la transfiguración (7,1) y, ahora, en un monte se manifiesta el Resucitado a los suyos. Les revela que el Padre le ha dado pleno poder «*sobre cielo y tierra*» (v. 17).

Les confía a los apóstoles la misión, que es la misión universal de la Iglesia y les promete su presencia continua y perenne: «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (v. 20). El señorío universal del Resucitado es la fuente de la que brota la misión universal de la Iglesia: «*Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos*». El Señor no deja sola a

la Iglesia en su fatigoso y largo caminar por la historia. Él está con sus hermanos y hermanas y les asegura su presencia como guía, apoyo, purificación y luz, para vivir en obediencia al Padre y en el amor activo a todos.

MEDITATIO

La elección del texto de la Carta a los Gálatas para celebrar la memoria de los mártires del Japón replantea hoy a la Iglesia la verdad del «*Evangelio de Dios*» (Rom 1,1) y la invita a una renovada opción por Cristo, tanto en las situaciones de serenidad y de paz, como en las de incomodidad, sufrimiento y prueba y, en particular, en las situaciones dolorosas de persecución violenta o solapada. «*Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí*» (Gal 2,20). El testimonio de los mártires japoneses y de sus comunidades cristianas es palabra y consuelo para los hermanos y es anuncio y luz transformadora para la humanidad. La vida nace de la vida que se consume en la entrega de sí misma. En la raíz de la Iglesia está el martirio de la sangre y de la fidelidad, esto es, el amor. La Iglesia nace del *agápe* divino y vive de él. El *agápe* es el principio vital de su existir y de su obrar, y lo irradia y lo comunica.

El Evangelio hace explotar gratitud y alabanza porque conduce a tocar con la mano la realización del mandato confiado por el Cristo resucitado a los suyos. La Iglesia lo contempla en las tierras de Japón, donde el Espíritu ha abierto corazones y mentes y ha agregado nuevos miembros al pueblo nuevo; todos, en efecto, «*todos los pueblos comparten la misma herencia, son miembros de un mismo cuerpo y participan de la misma promesa*» (Ef 3,6ss). Con esta mirada del corazón apasionado hemos de ver al hombre y a las sociedades de hoy. Abiertos a todos, entregados a todos.

Las comunidades cristianas envuelven el mundo con el amor de Cristo crucificado, atestiguan el señorío de Cristo, la universalidad del mandato y del amor del Padre y son, a su vez, su imagen entre los hombres, porque son miembros de su cuerpo, animados por el mismo Espíritu.

ORATIO

Padre, fuente de todo bien, con ánimo lleno de emoción nos dirigimos a ti por la belleza de nuestra vocación de hijos, por el atrevimiento y el amor de estos hermanos nuestros cuya vida es consuelo, sostén y luz gracias a la presencia operante del Espíritu, que transforma la debilidad humana en cátedra de amor y camino que conduce a ti. El ánimo calla ante estos mártires crucificados como tu Hijo y por él. Pausa sedienta, en la larga peregrinación de la vida, a fin de alcanzar la fuente pura y proseguir el camino con valor, movidos por el amor y por la pasión por el Reino. Infunde en nosotros la sabiduría de la cruz que iluminó el corazón de estos hermanos nuestros y de los mártires de todos los tiempos. Ven en ayuda de nuestra debilidad para que podamos adherirnos plenamente a Cristo, tu Hijo, y cooperemos con él en la redención del mundo.

CONTEMPLATIO

«He sido condenado a muerte por haber difundido la noble enseñanza de Jesucristo. No tengo pecado alguno excepto éste. No tengo miedo de decir que he difundido la enseñanza de Cristo. Doy gracias de corazón con inmensa alegría por poder morir crucificado por este motivo. Declaro la verdad ante la muerte: creedme, no hay ningún camino mejor de salvación que el seguido por

los cristianos. Soy siervo de Cristo, y le sigo; por eso, imitando a Cristo, perdono a todos los que me han perseguido. No odio a nadie. Dios tenga misericordia de todos. Deseo que mi sangre se convierta en una lluvia de gracias que dé fruto abundante en todos vosotros». Así habló Pablo Miki desde la cruz.

Juan Soán, al ver a su padre junto a la cruz en la que había sido atado, se dirigió a él con estas palabras: «Estás viendo, padre, que hemos de preferir la salvación del alma a todo lo demás. Lleva cuidado en no descuidar nada para asegurártela». Y su padre le respondió: «Hijo mío, te agradezco tu exhortación. Y soporta tú también ahora con alegría la muerte, porque la padeces por nuestra santa fe. En cuanto a mí y a tu madre, estamos dispuestos a morir por la misma causa». Juan le dio a su padre su rosario y, haciendo que le quitaran la faja que le cubría la frente, pidió que se la dieran a su madre. Tenía diecinueve años.

ACTIO

Repite con frecuencia con el corazón y con alegría a lo largo de la jornada:

«Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto» (Jn 12, 24).

Con estas palabras, Jesús, la víspera de su pasión, anuncia su glorificación a través de la muerte [...]. Cristo es el grano de trigo que muriendo ha dado frutos de vida inmortal. Y sobre las huellas del rey crucificado han caminado sus discípulos, convertidos a lo largo de los siglos en legiones innumerables *«de toda*

lengua, raza, pueblo y nación»: apóstoles y confesores de la fe, vírgenes y mártires, audaces heraldos del Evangelio y silenciosos servidores del Reino [...].

«*Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*» (Mt 5, 11-12). Qué bien se aplican estas palabras de Cristo a los innumerables testigos de la fe del siglo pasado, insultados y perseguidos, pero nunca vencidos por la fuerza del mal.

Allí donde el odio parecía arruinar toda la vida, sin posibilidad de huir de su lógica, ellos manifestaron que «*el amor es más fuerte que la muerte*». Bajo terribles sistemas opresivos que desfiguraban al hombre, en los lugares de dolor, entre durísimas privaciones, a lo largo de marchas insensatas, expuestos al frío, al hambre, torturados, sufriendo de tantos modos, ellos manifestaron admirablemente su adhesión a Cristo muerto y resucitado [...].

«*El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna*» (Jn 12,25). Hemos escuchado hace poco estas palabras de Cristo. Se trata de una verdad que frecuentemente el mundo contemporáneo rechaza y desprecia, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Pero los testigos de la fe, que también esta tarde nos hablan con su ejemplo, no buscaron su propio interés, su propio bienestar y la propia supervivencia como valores mayores que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron una firme resistencia al mal. En su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor.

Queridos hermanos y hermanas, la preciosa herencia que estos valientes testigos nos han legado es un patrimonio común de todas las Iglesias y de todas las comunidades eclesiales. Es una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división. El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente: indica el camino de la unidad a los cristianos del siglo XXI. Es la herencia de la cruz vivida a la luz de la Pascua: herencia que enriquece y sostiene a los cristianos mientras se dirigen al nuevo milenio [...].

Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comen-

zados. Más aún, ¡que crezca! Que se transmita de generación en generación para que de ella brote una profunda renovación cristiana. Que se custodie como un tesoro de gran valor para los cristianos del nuevo milenio y sea la levadura para alcanzar la plena comunión de todos los discípulos de Cristo.

Expreso este deseo con el espíritu lleno de íntima emoción. Elevo mi oración al Señor para que la nube de testigos que nos rodea nos ayude a todos nosotros, creyentes, a expresar con el mismo valor nuestro amor por Cristo, por Él, que está vivo siempre en su Iglesia: como ayer, así hoy, mañana y siempre (Juan Pablo II, *Conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX*, homilía del santo padre, tercer domingo de pascua, 7 de mayo de 2000, *passim*).

Santa Escolástica

10 de febrero

Era hermana de san Benito, nació en Umbria a finales del siglo V y se consagró a Dios ya en la niñez. Su vida, envuelta de humildad y silencio, sería desconocida por completo si san Gregorio Magno no hubiera narrado en sus *Diálogos* el episodio que la hizo ser estimada por los místicos. Una vez al año iba al monasterio de Montecassino a visitar a su hermano y, en esta circunstancia, obtuvo con la fuerza de la oración prolongar el diálogo sobre las realidades celestiales durante toda la noche. Tres días después, Benito vio volar su alma al cielo desde su celda en forma de cándida paloma y comprendió así que había entrado en la gloria eterna.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 12,31–13,13

Hermanos: ^{12,31} En todo caso, aspirad a los carismas más valiosos. Pero aún os voy a mostrar un camino que los supera a todos.

^{13,1} Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. ² Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar monta-

ñas, si no tengo amor, nada soy. ³ Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

⁴ El amor es paciente y bondadoso;
no tiene envidia,
ni orgullo, ni jactancia.

⁵ No es grosero, ni egoísta;
no se irrita, ni lleva cuentas del mal;

⁶ no se alegra de la injusticia,
sino que encuentra
su alegría en la verdad.

⁷ Todo lo excusa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo aguanta.

⁸ El amor no pasa jamás. Desaparecerá el don de hablar en nombre de Dios, cesará el don de expresarse en un lenguaje misterioso y desaparecerá también el don del conocimiento profundo. ⁹ Porque ahora nuestro saber es imperfecto, como es imperfecta nuestra capacidad de hablar en nombre de Dios, ¹⁰ pero, cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. ¹¹ Cuando yo era niño, hablaba como niño, razonaba como niño; al hacerme hombre, he dejado las cosas de niño. ¹² Ahora vemos por medio de un espejo y oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente; entonces conoceré como Dios mismo me conoce.

¹³ Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor.

➡ Tras haber presentado a la Iglesia como cuerpo en el que los distintos miembros cooperan para el bien común (*cf.* 12,12-27), el apóstol deja brotar un himno a la caridad. El fragmento comienza con una apremiante serie de «sies» condicionales y «aunques» que expresan el límite de un comportamiento humano que, aunque heroico, no procede del amor gratuito. Después de este exordio, Pablo dice de una manera positiva –a través de quince términos– en qué se reconoce la caridad. No es un esfuerzo sobrehumano, y sus rasgos remiten al rostro de Jesús, que no buscó su propio interés, sino nuestra salvación y cargó con nuestro pecado. Por la gracia, la

caridad se convierte en el rostro del verdadero cristiano, que no encuentra en ella ocasión para presumir, sino la alegría de hacerse don para los otros.

Evangelio: Mateo 11,25-30

En aquel tiempo, dijo Jesús: ²⁵ Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. ²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²⁷ Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. ²⁹ Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. ³⁰ Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

➔ El capítulo 11 del evangelio según Mateo afronta, desde diferentes aspectos, el tema del conocimiento de Dios. En su punto culminante, afirma la insuficiencia de todo conocimiento racional y la necesidad de un conocimiento espiritual. Dios ha escondido «*a los sabios y prudentes*» y ha revelado «*a los sencillos*» (v. 26) todo lo que puede considerarse digno de ser conocido. Jesús declara de una manera clara que también la más elevada sabiduría humana está destinada al fracaso precisamente por ser sólo «natural». Por el contrario, la condición de la «infancia» –despreciable a los ojos del mundo– es, paradójicamente, la condición favorable para acoger el don del Espíritu. La «sabiduría humana» carga al hombre con un peso de muerte. El «*yugo suave*» del Señor –su cruz abrazada por la fe y con amor– proporciona al alma paz y descanso. Jesús alaba al Padre por esta elección suya: todos, en efecto, si quieren, pueden llegar a ser «sencillos» siguiendo su invitación: «*Venid a mí*» (v. 28).

MEDITATIO

Escolástica es una figura en la que se pone de manifiesto al máximo el primado de la contemplación y del amor. Su hermano Benito la vio entrar en las alturas del cielo en forma de paloma, símbolo de inocencia y de sencillez. En este paso suyo deja en quien la contempla desde la tierra *una estela para seguirla*: la nostalgia del Cielo, que se alcanza únicamente con las alas del amor. En efecto, sólo quien ama conoce a Dios, porque el verdadero conocimiento es comunión. El amor que brota de Dios nos hace partícipes de su misma vida. Por nosotros mismos nunca habiéramos sido capaces de conocerlo, pero el Padre, en su gran amor, envió a su Hijo, que, entregándose hasta el extremo, nos hizo capaces de entregarnos y de amar.

Escolástica vivió completamente de cara al cielo, esperando el encuentro definitivo con su Señor. Todos los creyentes están llamados a hacer cada día este itinerario, separándose de las orillas del río del tiempo, para entrar en el día sin fin, en la comunión de los santos. Que su ejemplo nos ayude a creer que el amor lo puede todo, incluso lo que parece imposible.

ORATIO

Oh santa Escolástica, resplandeces cual estupenda flor de gracia e inocencia; seguiste fielmente las huellas de tu santo hermano Benito: os unió en vida la comunión espiritual, os unen ahora el sepulcro y la gloria. Cristo estipuló contigo, desde la tierna infancia, una alianza eterna, seguro de que habrías de corresponder al don de tanta predilección.

Herida en el corazón, ardes de celo por la vida monástica y brillas por un amor más ardiente. Paloma

purísima, con rápido vuelo llegaste a las alturas del cielo, tú que con ánimo, mente y palabras anhelaste las eternas moradas. Obtennos también a nosotros llegar a la alegría de las bodas del Cordero y cantarle gloria. Amén.

CONTEMPLATIO

Oh Dios amor, que me has creado, recreáme en tu amor. Oh Dios amor, que me adquiriste para ti con la sangre de tu Hijo, santifícame en la verdad. Oh Dios amor, que me has adoptado como hija, haz que crezca según tu corazón. Oh Dios amor, que me has amado gratuitamente, concédeme amarte con todo el corazón, con toda el alma, con todas mis fuerzas. Oh Dios, amor infinitamente poderoso, confírmame en tu amor. Oh Amor sumamente sabio, concédeme amarte con sabiduría. Oh Amor infinitamente querido, concédeme vivir sólo para ti. Oh Amor eternamente fiel, consuélame en todas mis tribulaciones. Oh Amor siempre maravillosamente victorioso, concédeme perseverar en ti hasta el final. En la hora de la muerte, acógeme, llámame a ti diciendo: «Hoy estarás conmigo; sal ahora del exilio para entrar en el solemne mañana de la eternidad; allí me encontrarás, verdadero hoy del divino esplendor» (Gertrudis de Helfta, *Exeritia* V, 363ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy estas palabras referidas a santa Escolástica:

«*Obtuvo más de su amado Señor porque amó más*» (del responsorio del oficio de lecturas).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El rostro de santa Escolástica ha sido esculpido para siempre por estas últimas palabras del relato de san Gregorio: «Obtuvo más de su amado Señor, porque amó más». Amor, oración y deseo del Cielo constituyen el encanto espiritual de esta mujer.

En el relato de los *Diálogos*, sorprende la personalidad de Escolástica. Es verdaderamente mujer, con todas las características de la feminidad: dulzura y afectividad, constancia y hasta audacia en el intento de obtener lo que desea. Pero presenta también una vena de simpática hilaridad, cuando del río de lágrimas pasa a la radiante sonrisa por el milagro acaecido. Dios, en efecto, obedece con prontitud a los que le han sometido totalmente su propia voluntad.

Escolástica consumó su existencia en absoluta fidelidad a la vocación que le había brotado en el corazón desde la infancia. Ahora, llegada a la plena madurez, demuestra que ha conservado la misma fe sencilla y segura con un ánimo fresco como el manantial de agua de donde surgía. En ella se encarna espléndidamente la tensión escatológica que recorre toda la *Regla* benedictina. Decir Escolástica es sumergir la mirada en las misteriosas profundidades azules del cielo donde su alma, bajo la cándida apariencia de paloma, ha penetrado, atraída por la fuerza del Amor eterno. La vida de Escolástica concluye con el «milagro» signo de la «perfecta caridad» alcanzada. Caridad con Dios, ardientemente deseado, y caridad con los hermanos, tiernamente amados. La oración –escuchada de inmediato por el Señor– aparece como el puro y eficaz lenguaje del Amor.

¿No es acaso éste el mensaje esencial que nos viene, todavía hoy, de la santa hermana del patriarca de los monjes de Occidente? (A. M. Cànopi, *Monachesimo benedettino femminile*, Seregno 1994, pp. 21-27, *passim*).

Nuestra Señora de Lourdes

11 de febrero

La memoria facultativa en el misal romano denominada *Nuestra Señora de Lourdes* forma parte de las celebraciones «ligadas a razones de culto local y que han adquirido un ámbito más extenso y un interés más vivo» (*Marialis cultus*, 8).

Es la única memoria incorporada al calendario universal que hace referencia a una «aparición» mariana, la que recibió, en 1858, Bernadette Soubirous (1844-1879), en la que oyó este mensaje: «Yo soy la Inmaculada Concepción». La memoria litúrgica fue extendida, en 1907, a toda la Iglesia latina. La introducción en la liturgia no equivale a una declaración magisterial que le comprometa sobre la verdad histórica de la aparición con la presencia real de la Inmaculada.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 66,10-14c

¹⁰ Alegraos con Jerusalén
y regocijaos por ella
todos los que la amáis;
saltad de gozo con ella
los que por ella llevasteis luto.

¹¹ Pues mamaréis hasta saciaros
de sus pechos consoladores
y saborearéis el deleite
de sus ubres generosas.

¹² Porque así dice el Señor:
Yo haré correr hacia ella,
como un río, la paz;
como un torrente desbordado
la riqueza de las naciones.

Amamantarán en brazos a sus criaturas
y las acariciarán sobre las rodillas.

¹³ Como un hijo al que su madre consuela,
así os consolaré yo a vosotros,
y en Jerusalén seréis consolados.

¹⁴ Al verlo, os alegraréis,
vuestros huesos florecerán como prado.
El Señor mostrará a sus siervos su poder.

➔ La lectura constituye uno de los últimos fragmentos del libro de Isaías y está tomada de la tercera parte de este libro o Tercer Isaías. El contexto inmediato es como un vaivén de avisos y consuelos. No constituye una extravagancia semejante estilo contradictorio: refleja al menos el realismo de la vida, la historia, los comportamientos y las consecuencias que de ellos derivan. En la perícopa seleccionada resuenan el consuelo y la alegría.

El oráculo personaliza a Jerusalén, símbolo mágico de expectativas, utopías y certezas mesiánicas; emblema de fastos y nefastos del pueblo de Dios, de lutos y consuelos. Se filtra una convicción: *la generosidad del Señor* en términos de misericordia, bienestar, benevolencia y salvaguarda *no cesará nunca*; es más, se irradiará más allá de sus muros en beneficio de todos los pueblos. Y desde todos los pueblos se dirigirán miradas esperanzadas hacia el lugar santo y llegarán a la ciudad de Dios incesantes peregrinaciones suplicantes.

Evangelio: Lucas 1,41b-55

En aquellos días, ⁴¹ Isabel, llena del Espíritu Santo, ⁴² exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³ Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴ Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

⁴⁶ Entonces María dijo:

⁴⁷ Mi alma glorifica al Señor

y mi espíritu se regocija

en Dios mi Salvador,

⁴⁸ porque ha mirado

la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán
dichosa todas las generaciones,

⁴⁹ porque ha hecho en mí
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,

⁵⁰ y es misericordioso siempre
con aquellos que le honran.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo
y dispersó a los de corazón soberbio.

⁵² Derribó de sus tronos a los poderosos
y ensalzó a los humildes.

⁵³ Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos despidió sin nada.

⁵⁴ Tomó de la mano a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia,

⁵⁵ como lo había prometido

a nuestros antepasados,

en favor de Abrahán

y de sus descendientes para siempre.

➡ La lectura lucana, tomada del episodio de la llamada «visitación», que es en realidad el encuentro de dos madres –María e Isabel– amadas por Dios y visitadas por el Espíritu, forma parte de los «evangelios de la infancia». «Infancia de Jesús», hijo dado a la Virgen María (y también infancia de Juan, hijo suplicado por la anciana pareja), y madurez de María. Tras el anuncio y la aceptación de su propia maternidad, tras la constatación de que «*nada es imposible a Dios*», está

creciendo la conciencia de María, robustecida también por las exclamaciones de bendición y de bienaventuranza, anuncio ulterior que ilumina su identidad materna y que alienta su progresión en la fe. María vive esta madura conciencia atestiguada por la contemplación de las «*cosas grandes*» obradas en ella por el Omnipotente y de la misericordia que se extiende de generación en generación.

MEDITATIO

La introducción de las dos perícopas en la misma celebración litúrgica nos autoriza a sondear recónditas consonancias. En una memoria mariana, la representación de Jerusalén en femenino, bosquejada en el oráculo de Isaías, deja espontáneamente su sitio a la figura y al acontecimiento de María. La perícopa lucana completa los rasgos de la personalidad de María con la elección de algunas palabras esenciales: *bendita*, o bien merecedora, junto con el fruto de su seno, de la benevolencia divina; *dichosa*, o sea, puesta entre los discípulos del Señor; *humildad*, a saber: reconocimiento de su propia identidad en relación con el Dios salvador; *misericordia*, o presencia de la justicia y del amor divinos que envuelven a las personas y guían la historia.

La imagen profética y las palabras evangélicas son como una paleta en manos del devoto, inducido a describir con detalle su propia imagen mariana elaborada con pensamientos procedentes de la meditación. El núcleo focal de semejante imagen es la *abundancia*.

Ambas lecturas manifiestan que tal abundancia es *dada*. El profeta entrevé la abundancia de los dones mediante imágenes de generosa maternidad y exuberancias de bienestar; el evangelista particulariza la realidad de la abundancia en dones auténticos, que

María custodia, como la fe y la confianza, la encarnación y la experiencia del Dios misericordioso y amoroso. La imagen de la abundancia se completa con la *irradiación de los dones*: la figura del oráculo y la persona del Evangelio se extienden, se mueven a un solícito y amoroso servicio. El servicio recíproco de las dos madres es el hecho de compartir la experiencia de Dios y la oración.

ORATIO

Salve, santa María, mujer humilde y pobre, bendita del Altísimo.

Virgen de la esperanza, profecía de los tiempos nuevos, asocia a tu canto nuestras voces y acompáñanos en nuestro camino para anunciar la venida del Reino y la liberación total del hombre; para llevar a Cristo a los hermanos y alcanzar una comunión de vida más intensa con ellos; para engrandecer contigo la misericordia del Señor y cantar la alegría de la vida y la salvación. Virgen, arca de la nueva alianza, primicia de la Iglesia, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

Las imágenes y el lenguaje de las dos lecturas bíblicas, asociadas en la memoria litúrgica de nuestra Señora de Lourdes, nos elevan a la contemplación de la figura de María y sugieren interpretaciones de su iconografía. El retrato mariano que se eleva ante los ojos de la fe y de la devoción hace visible una efigie exterior aludida en la imagen de una exuberante maternidad y una representación de su identidad interior o espiritual iluminada por las palabras evangélicas o por la efigie de la visión

de Lourdes. La abundancia del seno de María no es otra cosa que la maternidad del Hijo de Dios redentor; la imagen de los niños llevados en brazos repite la imagen tradicional de María que sostiene a su hijo, Jesús, y abre un escorzo sobre la contemplación de María madre de la Iglesia. Las palabras de bendición, de bienaventuranza, de una humildad visitada por el Omnipotente, de las grandes cosas realizadas por el Señor, perfilan la personalidad interior de la santa virgen y madre, que aparece en la visión de Lourdes como inmaculada, palabra que resuena en la catequesis en que se insistía en tiempos de este acontecimiento y confirmada en la oración litúrgica de la memoria de nuestra Señora de Lourdes, «María, madre inmaculada del Hijo de Dios Padre».

ACTIO

Repite con frecuencia y vive el cántico de la Virgen María:

«*Es misericordioso siempre con aquellos que le honran*»
(Lc 1,50).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El *Magnificat* se nos presenta como modelo de oración por sus contenidos y sus aspectos formales: es un cántico de acción de gracias y de alabanza; es memoria de las maravillas llevadas a cabo por Dios; expresión de concreción y de arraigo en la hora presente; mirada proyectada hacia el futuro. Es ejemplo de cómo, al dirigirnos a Dios, debemos conjugar el sentido de la trascendencia absoluta de Dios (él es el Señor, el Omnipotente, el Santo) con el de su sorprendente proximidad (dirige la mirada a los humildes, extiende su misericordia a los que le temen, se acuerda de sus promesas). En el *Magnificat*, aquel a quien los teólogos llaman el «Totalmente Otro» se manifiesta muy próximo

al hombre: el Dios inaccesible de la zarza ardiente se ha convertido ya en el Emmanuel, en el Dios-con-nosotros, en el seno de la virgen de Nazaret (Capítulo general de los hermanos Siervos de María, *Servi di Magnificat*, Roma 1996, n. 65 [edición española: *Siervos del Magnificat: el cántico de la Virgen a la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1997]).

Santos Cirilo y Metodio

14 de febrero

Los santos Cirilo y Metodio eran de formación bizantina. Ambos nacieron en Salónica (Cirilo, en el año 827 o en el 828; Metodio, entre los años 812 y 820) y se convirtieron en los apóstoles de los pueblos eslavos. Fueron enviados por el emperador de Constantinopla Miguel III a Moravia. Allí llevaron a cabo un maravilloso trabajo apostólico, emprendiendo las traducciones de las Escrituras y de los libros litúrgicos a la lengua paleoeslava y formando discípulos. Llamados a Roma para justificarse por esta novedad, fueron recibidos con honor por el papa Adriano II, que aprobó su método misionero. Sin embargo, Cirilo, enfermo, falleció allí mismo el 14 de febrero del año 869 y fue sepultado en la iglesia de San Clemente. Metodio, ordenado arzobispo en Roma, volvió a Moravia, y allí murió el 6 de abril del año 885. Sus discípulos, expulsados de este país, se refugiaron en Bulgaria. Desde allí pasaron la liturgia y la literatura eslava al reino de Kiev, a Rusia y a todos los países eslavos de rito bizantino.

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 9,1-6

¹ Dios de nuestros antepasados, Señor de la misericordia, que con tu Palabra creaste el universo

- ² y con tu sabiduría formaste al hombre
para que dominase sobre toda tu creación,
³ para que gobernase el mundo con santidad y justicia
e hiciera justicia con rectitud de espíritu,
⁴ dame la sabiduría que comparte tu trono
y no me excluyas del número de tus hijos.
⁵ Porque yo soy tu siervo, hijo de tu esclava,
hombre débil y de corta vida,
incapaz de comprender el derecho y las leyes.
⁶ Pues aunque uno sea perfecto entre los hombres,
sin la sabiduría que procede de ti será tenido en nada.

➔ Con estos primeros versículos de la oración con que concluye la segunda parte del libro de la Sabiduría, su autor nos pone en las coordenadas apropiadas para invocar a la misma sabiduría.

Esta oración, atribuida a Salomón –una práctica usual para dar valor a los textos–, se dirige no a un Dios lejano, sino a un Dios personal: el «*Dios de nuestros antepasados*», «*Señor de la misericordia*» (v. 1a). En estas dos expresiones se encierran toda la historia y la experiencia del pueblo de Israel. Orar a Dios es, antes que nada, hablar de su obrar en la creación y en el gobierno del mundo: Dios crea con su Palabra; forma, juzga y domina todo a través de la sabiduría y con santidad y justicia. Éstos son los atributos principales de Dios.

A continuación, con pocas palabras, el autor esboza la realidad del hombre frente a Dios: primero hijo, después siervo, «*hombre débil y de corta vida, incapaz de comprender el derecho y las leyes*» (v. 5), y, al mismo tiempo, recuerda la tarea confiada al hombre «*para que dominase sobre toda tu creación*» (v. 2b).

Si el hombre está llamado a ser el lugarteniente de Dios en la tierra, sólo la sabiduría que estaba con Dios en la creación puede ayudarle en esta tarea: ésa es la invocación del v. 4: «*Dame la sabiduría que comparte tu trono*».

Evangelio: Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos, que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner en obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

➤ Es el fragmento con el que concluye el evangelio de Mateo, y se trata de un pasaje que encierra lugares y temas importantes del acontecer de la vida de Jesús. Los lugares son Galilea (*cf.* Mt 4,12-16), donde comenzó la misión pública de Jesús; la montaña (*cf.* 5,1; 17,1), en la que Jesús se mostró como Maestro y Señor. Y entre los temas están la llamada «misión universal» (vv. 18-20) y el discipulado.

Respecto al primer tema, debemos subrayar que el mandato de predicar y de bautizar (vv. 18-20) les viene a los apóstoles de la autoridad de Jesús, a quien se le ha dado «*autoridad plena sobre cielo y tierra*» (v. 18), y de su señorío. La misión del Jesús «terreno», circunscrita exclusivamente al pueblo judío, se abre ahora, a través de sus discípulos, «*a todos los pueblos*» (v. 19). El discipulado se realiza, a continuación, con el bautismo y la palabra. La fórmula trinitaria del bautismo refleja la que se usaba en la comunidad de Mateo, una comunidad formada en su mayor parte por judíos, que encuentra en el v. 19 aliento para abrirse sin temor a los pueblos (aquí se hace referencia a las naciones paganas).

El v. 20, con el que concluye el primer evangelio –«*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*»– es una palabra de consuelo para

los cristianos, porque es la consumación de la realidad del nombre de Jesús, el nombre que se le dio en el momento de su concepción (cf. 1,23): Enmanuel, «Dios-con-nosotros».

MEDITATIO

San Cirilo eligió desde joven como esposa mística a la sabiduría divina, que se le apareció en sueños, y, como Salomón, la consideró más preciosa que los otros dones. Meditemos, pues, iluminados por las lecturas bíblicas y por el ejemplo vivo de estos santos, sobre quién puede ser considerado verdaderamente «sabio». Acostumbramos a llamar «docto» a quien conoce muchas cosas, consideramos «inteligente» al hombre que comprende lo que son las cosas; el *sabio*, sin embargo, es el que comprende el significado que las cosas y los acontecimientos deben tener para su vida.

Ahora bien, las cosas y los acontecimientos pueden tener diferentes significados en la vida. Un comerciante adivina cuánto dinero puede ganar con ellas. Quien tiene como fin supremo su carrera busca cómo explotarlas para alcanzar el éxito en el trabajo. El sabio, por su parte, sabe aprovecharlo todo para ganar la amistad de Dios. «*El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios*» (Sal 110,10).

Todos observamos el mundo que nos rodea. Para un curioso, esto es ocasión de distracción, porque ve muchas cosas diferentes. El hombre de ciencia está obligado a elegir en su «campo visual» lo que tiene que ver con su especialización. El sabio consigue ver todo como la única imagen de la sabiduría de Dios, como un grandioso mosaico en el que cada piedrecita es preciosa, y, por consiguiente, todo lo que ve y aprende adquiere un valor inmenso y se vuelve fuente de alegría.

ORATIO

Haz que resplandezca en nuestros corazones, oh Señor, que amas a los hombres, la luz incorruptible de tu sabiduría: te lo pedimos en nombre de los santos hermanos Cirilo y Metodio. Abre los ojos de nuestra mente para que podamos entender tus preceptos evangélicos. A fin de que, aplastados los deseos carnales, podamos llevar una vida espiritual, pensando y realizando todo lo que es de tu agrado, e invoquemos la fuerza de tu Espíritu de la sabiduría.

CONTEMPLATIO

San Cirilo escogió como patrono especial de su vida a san Gregorio Nacianceno, llamado «el Teólogo», quien abandonó sus cargos en el mundo para dedicarse a escribir sermones y poesías, a fin de que Cristo, a través de él, pudiera «hablar en griego». Por eso recibió el sobrenombre de «Boca de Cristo». San Cirilo, que le imitó, decidió ofrecer al Salvador su conocimiento de las lenguas, a fin de que Dios, por medio de él, hablara en el idioma de los pueblos eslavos. Ambos santos se daban cuenta de que la capacidad de hablar constituye un gran privilegio humano. El hombre, que expresa su pensamiento con las palabras, es imagen de Dios Padre, el cual —precisamente por la Palabra, que es su Hijo— crea y gobierna el universo.

En consecuencia, constituyen una gran responsabilidad para nosotros las palabras que salen de nuestra boca. Con ellas podemos hacer un enorme bien, pero, desgraciadamente, en ocasiones causan también mal. Crean las amistades o las destruyen. Con la palabra somos capaces de dirigirnos en la oración a Dios, el cual nos escucha y a menudo se digna acceder a lo que le

pedimos. Por otra parte, también Dios se dirige a nosotros por medio de su Palabra, contenida en la Sagrada Escritura y en la predicación de la Iglesia. Escuchemos, pues, a Dios y Dios nos escuchará a nosotros.

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra de la Escritura:

«*Dame la sabiduría que comparte tu trono*» (Sab 9,4).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando el niño [Cirilo] tenía siete años, tuvo un sueño, que le contó a su padre y a su madre de este modo: «El alcalde de la ciudad, después de haber convocado a todas las muchachas de la ciudad, me dijo: "Elige entre ellas a la que quieres como esposa y como ayuda que te convenga" (Gn 2,18). Entonces, tras mirarlas bien a todas, vi una que era más bella que las demás: tenía un rostro luminoso y estaba toda ella adornada de collares de oro y de gemas, y revestida de toda belleza; se llamaba Sofía, es decir, Sabiduría. La elegí a ella».

Tras oír estas palabras, dijeron los generosos padres: «Dice la Sagrada Escritura: "*Di a la sabiduría: 'Tú eres mi hermana'*" (Prov 7,4), y si la llevas junto a ti, para tenerla como esposa, por medio de ella serás liberado de muchos males».

Le enviaron a la escuela y progresaba más que todos sus discípulos. Pero muy pronto tuvo el muchacho otra experiencia. Un buen día, según la costumbre de los hijos ricos de divertirse saliendo de caza, se fue con ellos al campo, llevando un halcón con él. Ya le había hecho emprender el vuelo cuando un viento levantado por la Providencia divina hizo que el halcón se perdiera por completo. Al muchacho le entró tal disgusto y tal tristeza que, durante dos días, no tocó alimento alguno. Pero después se arrepintió, diciendo: «¿Acaso no es esta vida de tal género que a la alegría le sucede la tristeza? Desde hoy en adelante, toma-

ré un camino mejor que éste». Se aplicó al estudio de las letras y aprendió de memoria los escritos de san Gregorio, el Teólogo. Y escribió sobre él la siguiente poesía: «Oh Gregorio, hombre en el cuerpo, te has mostrado ángel, porque tu boca glorifica a Dios como uno de los serafines e ilumina el mundo entero al explicar la fe. Acógeme también a mí, que a ti me acerco con amor y fe, y sé para mí maestro y fuente de luz» (de la *Vida eslava de Constantino Cirilo*).

Siete santos fundadores de la orden de los Siervos de la Virgen María

17 de febrero

La orden de los hermanos Siervos de María nació en Florencia en 1233 y fue aprobada en 1304. Su comienzo fue singular: los fundadores fueron siete laicos florentinos, conocidos por los nombres de Bonfiglio (Monaldi), Bonagiunta (Manetti), Manetto (de los Antella), Amadio (de los Amidei), Ugucione (de los Ugucioni), Sostegno (de los Sostegni) y Alessio (Falconieri). Su canonización tuvo lugar en 1888 –578 años después de la muerte del último de ellos– con la fórmula «a modo de uno solo», como ratificación del valor de la puesta en marcha y de la prosecución de un proyecto de vida en comunión fraterna. Su inspiración originaria fue el seguimiento penitencial del Evangelio, la fraternidad, el servicio y la consagración de cada uno y de la orden a santa María, la *gloriosa Domina*.

LECTIO

Primera lectura: Hechos, 2,42.44-48

Los hermanos ⁴² perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. ⁴⁴ Todos los creyentes vivían unidos, y lo tenían todo en común. ⁴⁵ Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. ⁴⁶ Uná-

nimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; ⁴⁷ alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. ⁴⁸ Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes.

➔ El resumen de Lucas presenta un cuadro «estándar» de la comunidad pospentecostal de Jerusalén. La *koinonía*, o sea, la «comunidad», representaba la inspiración espontánea de la vida en común de los discípulos de Jesús, manifestada en gestos –como el hecho de compartir– que reforzaban la fraternidad evangélica y sorprendían a la gente de alrededor. Ese estilo y las soluciones existenciales eran fruto de la presencia del Espíritu Santo, el cual animaba y recordaba palabras de Jesús que incitaban al amor y al servicio recíproco, así como al compromiso en favor de la unidad.

Con todo, esta *koinonía* queda en manos siempre frágiles de personas que caminan hacia una perfección como la del Padre de los cielos. Son muchos los santos y las comunidades que han fundado su propio proyecto de vida y de futuro en el mismo modelo de aquella comunidad primitiva eclesial y que siguen siendo testigos de la posibilidad de concretar –aunque sea de una manera episódica y parcial– esa utopía. Éste es el caso de las comunidades basadas en la fraternidad y el servicio.

Evangelio: Mateo 20,25-28

En aquel tiempo, ²⁵ Jesús llamó a los discípulos y les dijo:

–Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen. ²⁶ No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor; ²⁷ y el que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. ²⁸ De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.

➔ Estos tres versículos son la réplica de Jesús a los discípulos que pretendían puestos preeminentes en el interior del grupo y a los que criticaban aquella disgregadora salida. El que está con Jesús, en vez de mandar, obedece; en vez de hacerse servir, sirve. Él mismo se pone como primer testigo de esa actitud y esa mentalidad: Jesús cumple la voluntad del Padre (Jn 4,34; 17,4); es el siervo obediente hasta la cruz para entrar en la gloria (Flp 2,7); es el maestro que lava los pies a los discípulos (Jn 13,5). Y el discípulo, que no es más que el maestro, no puede dejar de asumir una mentalidad y unos gestos idénticos a los del maestro (Mt 10,24ss).

El Evangelio del servicio a Dios y a todo hijo de Dios, del servicio a la construcción del Reino del Señor, ha exaltado proyectos como el de los siete santos fundadores, que ellos mismos y su orden se llamaron «siervos» inspirándose en María, la sierva del Señor.

MEDITATIO

En el calendario litúrgico propio de la orden, la celebración de los siete santos fundadores se eleva a la categoría de solemnidad, y, por consiguiente, las lecturas, colocadas en dos series, son seis, todas ellas tendentes a interpretar las experiencias, los acontecimientos y las inspiraciones de los orígenes a la luz de la Palabra de Dios. La primera serie se dirige a los componentes de la orden –hermanos, monjas, hermanas, institutos seculares, laicos–, hermanados en una identidad de inspiración a través de la diversidad de la institución. A través de Si 44,1-2.10-15 se teje el elogio de los padres fundadores, hombres ilustres, sensatos y virtuosos, dignos de posteridad. Mediante Ef 4,1-6.15-16 se estimula a los seguidores de los siete santos fundadores a continuar las convicciones y la visibilidad de la unidad en la fe y en la caridad en el nombre de un único Señor, Jesucristo,

y de un único Padre. En la perícopa de Jn 17,20-24, el proyecto de unión y de unidad se hace oración con las palabras de Jesús al Padre: el estar unidos es signo de que Cristo es el enviado y el testigo del amor paterno de Dios.

En la segunda serie, más adaptada a las celebraciones fuera de los confines de la orden, se proponen otras tres lecturas, o sea, las dos que hemos comentado más arriba, a las que se añade Is 2,2-5: esta última es una perícopa que recuerda la ascensión de los siete santos al monte Senario, en torno a 1245, donde maduró su conciencia obediencial a la inspiración mariana de la prosecución de una comunidad dedicada al servicio del Señor y de la santísima Virgen María, Madre de Dios, y de donde bajaron y se hicieron también siervos de paz. La abundancia de lecturas bíblicas cubre el ámbito de una experiencia evangélica múltiple. Como un estribillo se manifiesta la centralidad de la unión y de la unidad, de la comunidad en la fraternidad y en el servicio a Dios y al prójimo: hasta tal punto que los siete santos fundadores figurarían óptimamente como protectores de toda empresa de unidad y de cuantos llevan a cabo juntos intentos de construir unidades benéficas en la Iglesia y en la ciudad secular.

ORATIO

A vosotros acudimos, santos hermanos y padres antiguos, para aprender de vosotros, vivas imágenes de Cristo, cómo cantar juntos las alabanzas de Dios y romper el pan de vida, como hermanos reunidos en torno a la mesa del Padre; cómo se anuncia el Evangelio de la paz y cómo se vive, se sufre y se muere por la Iglesia.

A vosotros acudimos para aprender cómo se ama a Dios por encima de todo y se da la vida por los hermanos; cómo el perdón vence a la ofensa y cómo se de-

vuelve el bien por el mal; cómo se tiende la mano al necesitado, cómo se alivia la pena al afligido, cómo se abre el corazón al amigo.

A vosotros acudimos para aprender cómo se sirve a Dios en la alegría, con manos inocentes y corazón puro, día y noche, con amor vigilante; cómo servir a Cristo es seguirle: subir con él a la cruz para reinar con él en la gloria; cómo es una ley para nosotros llevar los unos el peso de los otros y prestarnos recíprocamente un libre servicio; cómo se repite el gesto de la humilde Sierva: convertir la vida en un servicio de amor al Hijo de Dios y a todos los hermanos.

CONTEMPLATIO

[Los siete fundadores], dado el temor que sentían por su imperfección, tomaron una sabia decisión: se fueron humildemente a los pies de la Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, con todo el amor de su corazón, para que ella, que es mediadora y abogada, les reconciliara y les recomendara a su Hijo y, supliendo con su generosísima caridad sus imperfecciones, obtuviera, piadosa, abundancia de méritos. Por eso, en honor de Dios, se pusieron al servicio de la Virgen, su Madre, y desde aquel momento quisieron llamarse Siervos de Santa María, con un estilo de vida sugerido por personas sabias (*Legenda de origine Ordinis fratrum Servorum Virginis Mariae* [año 1317], n. 18).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la palabra de la liturgia:

«*Concédenos, Señor, la caridad ardiente de los siete santos fundadores*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Bonfiglio te llamaron en la fuente bautismal, profetizando que te convertirías en el mejor de todos los hijos. Por eso te eligieron como primer guía de aquella familia religiosa de la que fuiste el *primer siervo* [...]. Vuestro programa era sencillo: «Ante todo y sobre todo, amar a Dios y, a continuación, al prójimo: éste es el mandamiento principal dado a cada uno». Primero Dios, porque Dios está *dentro*. Es él quien te lleva, el que te mantiene en pie, el que te hace caminar. A continuación, el prójimo, el otro, cada uno, que debe convertirse en otro «tú mismo». Pero se trata de un solo mandamiento, y tampoco en dos tiempos, sino en un solo tiempo [...].

Sencillo, pero sustancial, es vuestro mandamiento: «Id y predicad a todas las gentes la pasión de mi Hijo y mi dolor, de suerte que convirtáis al mundo». Era el mandamiento de la Madre que os había llamado, precisamente, en un día de viernes santo, el gran día en el que «se oscureció toda la tierra». Ésta era la razón de que os hubierais convertido en hermanos «Siervos de María»: el mandato de Cristo y la consigna de la Madre; a saber: el Evangelio (como ya lo fuera para Francisco) según la interpretación de la Madre; de ella, que había dado carne a la Palabra, convirtiéndose en imagen viva de la Iglesia. Evangelio y piedad: ésta es vuestra única regla. Como san Pablo, que no sabía más que de Cristo, «y éste crucificado» (D. M. Turolde, *Come i primi Trovadori*, Liscate-Milán 1988, pp. 15 y 16ss).

Cátedra de san Pedro

22 de febrero

Un antiquísimo martirologio sitúa el nacimiento de la cátedra de Pedro exactamente el 22 de febrero. Esta fiesta litúrgica ha sido señalada por la Iglesia como una maravillosa oportunidad para hacer una memoria viva y actualizadora del primero entre los apóstoles, Simón Pedro.

Simón, natural de Cafarnaún y pescador de oficio, se encontró con Jesús en el ejercicio de su profesión: lo abandonó todo, casa y padres, para seguir al Maestro de por vida. Su personalidad, tan sencilla como simpática, emerge de manera espontánea y clara en todo el relato evangélico. Jesús lo eligió, más allá de sus méritos, junto con los Doce, y entre éstos lo eligió como el primero.

La celebración de hoy, con el símbolo de la cátedra, da un gran relieve a la misión de maestro y pastor que Cristo confirió a Pedro: sobre él, como sobre una piedra, fundó Cristo su Iglesia.

LECTIO

Primera lectura: 1 Pedro 5,1-4

Queridos hermanos: ¹ Para vuestros responsables, yo, que comparto con ellos ese mismo ministerio y soy testigo de los padecimientos de Cristo y participe ya de la gloria que está a

punto de revelarse, ésta es mi exhortación: ² Apacentad el rebaño que Dios os ha confiado no a la fuerza, sino de buen grado, como Dios quiere, y no por los beneficios que pueda reportaros, sino con ánimo generoso; ³ no como déspotas con quienes os han sido confiados, sino como modelos del rebaño. ⁴ Así, cuando aparezca el supremo pastor, recibiréis la corona de la gloria que no se marchita.

➔ El carácter autobiográfico de esta primera lectura es evidente: el apóstol habla en primera persona y se presenta como «responsable», «testigo de los padecimientos de Cristo», «partícipe ya de la gloria que está a punto de revelarse» (v. 1). De esta autopresentación podemos deducir la plena y perfecta identidad del discípulo-apóstol. Vienen, a continuación, algunas recomendaciones, con las que Pedro desea compartir con los responsables a los que dirige la palabra el peso y el honor de las responsabilidades que Jesús ha puesto sobre sus hombros. Las invitaciones a apacentar, a vigilar y a ser modelos para el rebaño (vv. 2ss) se suceden con machacona insistencia: señal de que el apóstol no transmite algo de su propia cosecha, sino una misión que le ha sido confiada para ser compartida y participada.

No es el interés, sino el amor, lo que debe animar y sostener a los «responsables», es decir, a los que han sido llamados en la Iglesia a ejercer un ministerio de guía. Su espiritualidad es la del servicio total, la plena entrega y la fidelidad incondicionada. Las últimas palabras de esta lectura contienen una promesa: a los que permanezcan fieles hasta el final se les asegura «la corona de la gloria» (v. 4), y será el Pastor supremo quien corone a los pastores de la Iglesia.

Evangelio: Mateo 16,13-19

En aquel tiempo, ¹³ de camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

–¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos le contestaron:

–Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ Jesús les preguntó:

–Y vosotros ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Simón Pedro respondió:

–Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷ Jesús le dijo:

–Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos.

¹⁸ Yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. ¹⁹ Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

➔ Esta página evangélica se subdivide en *dos partes*: en primer lugar, es Jesús quien quiere saber lo que la gente dice de él, y se lo pregunta a los discípulos (vv. 13ss). Conocemos bien las diferentes respuestas que le dan: todas ellas son válidas en parte, pero ninguna es exacta. De este modo, Jesús ha abierto el paso a una pregunta ulterior (v. 15), pero esta vez la respuesta viene personalmente de Pedro (v. 16). La de Pedro es una profesión de fe plena, completa, que tiene todo el sabor de una fe pascual. Al mismo tiempo que define quién es Jesús, Pedro manifiesta plenamente también su propia identidad de creyente, y en esto nos representa a todos.

La *segunda parte* de esta página evangélica contiene una serie de enunciados con los que Jesús define su relación personal con Pedro y el ministerio de Pedro respecto a la Iglesia (vv. 17-19). La bienaventuranza de Pedro, solemnemente pronunciada por Jesús, está motivada por el hecho de que Pedro ha hablado bajo la inspiración de Dios: la profesión de fe de Pedro corresponde a una plena revelación divina. El nuevo nombre que

Jesús da a Simón ya no es Simón, sino «*piedra*», firme y sólida, sobre la que el mismo Cristo pretende edificar su Iglesia, la comunidad de los salvados. Por último, Jesús dirige a Pedro una promesa absolutamente especial: a él se le entregarán las llaves del Reino de los Cielos, las llaves que sólo Cristo puede usar y con las que él mismo abre y cierra, ata y desata, entra y sale. Con Pedro y por medio de Pedro, es Cristo mismo el que lleva a cabo la salvación para todos.

MEDITATIO

El apóstol Pedro, desde el primer gran discurso que pronunció el día de Pentecostés (Hch 2,14-41), se presenta en el escenario de la historia como testigo, intérprete y exhortador. Así es como ejerce su ministerio de guía de la primitiva comunidad cristiana.

Ante todo, es *testigo* del gran acontecimiento pentecostal, en el que el Padre, por medio del Hijo, envió el don del Espíritu Santo sobre los primeros creyentes. Pedro tiene el derecho-deber de presentarse como testigo ocular de este acontecimiento, precisamente porque él, junto con otros, fue enriquecido con este don. El testimonio cristiano brota siempre de la abundancia del don recibido y se manifiesta como correspondencia generosa al mismo don.

Pedro, en su predicación, se presenta también como *intérprete* del acontecimiento histórico de Jesús de Nazaret, especialmente de lo que Jesús hizo durante su ministerio público y de los grandes acontecimientos pascuales que consumaron su misión. A la luz de la Pascua-Pentecostés, Pedro se encarga de interpretar el valor salvífico de la Pascua de Jesús, explicitando para sus oyentes el significado actual, que no permite fugas ni evasiones.

La tercera tarea de la que se encarga el apóstol Pedro es la de *exhortar* a todos los que le escuchan, a fin de que cada uno se dé cuenta de la necesidad de responder al mensaje revelado y de corresponder a él con la vida. De este modo, el apóstol Pedro se presenta a nosotros como el «evangelista ideal», con una predicación completa y paradigmática, a la que todos estamos llamados a configurararnos.

ORATIO

Señor, aléjate de mí, que soy un pecador,
pero por tu palabra echaré las redes;
porque sólo tú, Jesús, eres el Hijo del Dios vivo;
sólo tú, Jesús, tienes palabras de vida eterna;
sólo tú, Jesús, eres la roca y yo sólo la piedra;
sólo tú, Jesús, eres el Señor y el Maestro.
Soy débil, Jesús, mas por tu gracia daré mi vida
por ti, porque tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.

CONTEMPLATIO

En Pedro vemos la piedra elegida [...]. En Pedro hemos de reconocer a la Iglesia. En efecto, Cristo edificó la Iglesia no sobre un hombre, sino sobre la confesión de Pedro. ¿Cuál fue la confesión de Pedro? «*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*» (Mt 16,16). Ésta es la piedra, éste es el fundamento, y es aquí donde fue edificada la Iglesia, a la que no vencerán las puertas del infierno (*cf.* Mt 16,18) [...]. He aquí aquel Pedro negador y amante: negador por debilidad humana, amante por gracia divina [...]. Fue interrogado sobre el amor y le fueron confiadas las ovejas de Cristo [...]. Cuando el Señor confiaba sus ovejas a Pedro, nos confiaba a nosotros. Cuando nos

confiaba a Pedro, confiaba a la Iglesia sus miembros. Señor, encomienda, pues, tu Iglesia a tu Iglesia y tu Iglesia se encomienda a ti (Agustín de Hipona, *Sermoni per i tempi liturgici*, Milán 1994, pp. 371ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy estas palabras del apóstol Pedro:

«*Dad gloria a Cristo, el Señor, y estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones*» (1 Pe 3,15).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Viene con facilidad a la mente de todos esta pregunta: ¿Quién era san Pedro? A esta fácil pregunta no resulta fácil darle una pronta y completa respuesta. La respuesta que parece dispuesta —era el discípulo, el primero que fue llamado «apóstol» con los otros once— se complica con el recuerdo de las imágenes, las figuras y las metáforas de las que se sirvió el Señor para hacernos comprender quién debía ser y llegar a ser este elegido suyo. ¡Fijaos!

La imagen más obvia es la de la *piedra*, la de la *roca*: el nombre de Pedro la proclama. ¿Y qué significa este término aplicado a un hombre sencillo y sensible, voluble y débil?, podríamos decir. La piedra es dura, es estable, es duradera; se encuentra en la base del edificio, lo sostiene todo, y el edificio se llama Iglesia: «*Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*». Pero hay otras imágenes referidas a san Pedro, que merecen explicaciones y meditaciones: imágenes usadas por el mismo Cristo, llenas de un profundo significado. Las *llaves*, por ejemplo —o sea, los poderes—, dadas únicamente a Pedro entre todos los apóstoles, para significar una plenitud de facultades que se ejercen no sólo en la tierra, sino también en el cielo. ¿Y la *red*, la red de Pedro, lanzada dos veces en el evangelio para una pesca milagrosa?

«Te haré pescador de hombres», dice el evangelio de Lucas (5,10). También aquí la humilde imagen de la pesca asume el inmenso y majestuoso significado de la misión histórica y universal confiada a aquel sencillo pescador del lago de Genesaret. ¿Y la figura del *pastor*? «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas» (Jn 21,16ss), dijo Jesús a san Pedro, para hacernos pensar a nosotros que el designio de nuestra salvación implica una relación necesaria entre nosotros y él, el sumo Pastor. Y así otras. Aunque –mirando mejor en las páginas de la Escritura– encontraremos otras imágenes significativas, como la de la *moneda* (Mt 17,25) [...], como la de la *barca* de Pedro (Lc 5,3), como la del *lienzo* bajado del cielo (Hch 10,3), y la de las *cadena*s que caen de las manos de Pedro (Hch 12,7), y la del *canto del gallo* para recordarle a Pedro su humana fragilidad (Mc 14,72), y la de la *cintura* que un día –el último, para significar el martirio del apóstol– ceñirá a Pedro (Jn 21,18).

Todas las imágenes, características del lenguaje bíblico y del evangélico, esconden significados grandes y precisos. Bajo el símbolo hay una verdad, hay una realidad que nuestra mente puede explorar y puede ver inmensa y próxima (Pablo VI).

San Policarpo

23 de febrero

Policarpo, discípulo de Juan evangelista, fue elegido por los apóstoles obispo de Esmirna. Recibió en su Iglesia a san Ignacio, que se dirigía a Roma para el martirio. Fue precisamente Ignacio quien le definió como «buen pastor de fe inquebrantable» y como «buen atleta de la causa de Cristo». Este juicio tuvo una plena confirmación en el año 155, cuando, a los 86 años, el intrépido obispo afrontó con valor el martirio en el estadio de Esmirna y, con su muerte, se volvió –como su nombre indica– portador de «mucho fruto».

LECTIO

Primera lectura: Apocalipsis 2,8-11

⁸ Escribe al ángel de la iglesia de Esmirna:

Esto dice el primero y el último, el que estuvo muerto y retornó a la vida:

⁹ –Conozco tu tribulación y tu pobreza. Sin embargo, eres rico. Conozco las calumnias de quienes se dicen judíos y solamente son una sinagoga de Satanás. ¹⁰ Que no te acobarden los sufrimientos que te esperan; es verdad que el diablo va a meter en la cárcel a algunos de vosotros para poneros a prueba, pero la tribulación durará poco tiempo. Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida.

¹¹ El que tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no será alcanzado por la segunda muerte.

➔ El Cristo resucitado dicta al vidente del Apocalipsis siete cartas para las siete Iglesias de Asia menor, dirigiéndolas a sus obispos («ángel»: v. 2). El fragmento leído es el mensaje dirigido a la comunidad cristiana de Esmirna, que fue recogido por Policarpo, su obispo en la época inmediatamente posterior a la de los apóstoles. Éste hizo frente sin temor al sufrimiento, superó la prueba, fue fiel hasta la muerte (v. 10). Así, se hizo partícipe del misterio pascual de Cristo (vv. 8.11): tras haberlo celebrado durante muchos años en el sacrificio eucarístico, en la última hora lo hizo visible en su cuerpo. En verdad, recibió en su muerte la corona de la vida.

Evangelio: Juan 12,24-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁴ Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante. ²⁵ Quien vive preocupado por su vida la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna. ²⁶ Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre.

➔ Jesús nos ofrece una enseñanza sobre la vida. Sin embargo, el suyo no es un discurso sapiencial: esta perícopa se sitúa en el umbral de la pasión, y el alma de Jesús esta «*turbada*»; se podría traducir «desconcertada» (v. 27). Él es el «*grano de trigo*» caído en nuestra tierra; semilla cargada de un extraordinario potencial de vida, aunque sólo la muerte permitirá su desarrollo. Esta ley de la entrega de sí hasta el extremo (cf. 13,1) está inscrita asimismo en nuestra existencia como condición de la auténtica fecundidad espiritual (v. 25). Policarpo qui-

so servir fielmente a Cristo y por eso le siguió en el sacrificio y en la muerte, y recibió como don entrar con él en la vida eterna y en la gloria del Padre (v. 26).

MEDITATIO

La espléndida figura de Policarpo manifiesta un aspecto particular del martirio: la dimensión eucarística. Vivió en acción de gracias por el don de la fe y de la llamada al ministerio sacerdotal, como se deduce de su respuesta al tribunal pagano: «Hace ochenta años que sirvo a Cristo y no me ha hecho nunca mal alguno: ¿por qué tendría que renegar de él ahora?». Una existencia vivida en fidelidad y gratitud irradia alegría y se atrae benevolencia: el santo obispo estaba rodeado de tanta veneración y atención que nunca consiguió quitarse personalmente los zapatos, porque los fieles rivalizaban para ayudarle. La eucaristía que celebraba en el altar le configuraba enteramente en la vida y en la muerte: condenado a la hoguera, convirtió su martirio en una celebración litúrgica. Como sacerdote y víctima, pronunció una gran plegaria de bendición y acción de gracias al Padre, por medio de Cristo en el Espíritu, ofreciéndose él mismo en holocausto. Entonces, tal como cuentan los presentes, la llama le envolvió de modo extraordinario, como para glorificar su persona, y su cuerpo, al arder, emanaba el olor del pan... Verdaderamente, Policarpo fue «*grano de trigo*» que, al morir, dio mucho fruto para la mies de la Iglesia, y su ofrenda sacrificial es perenne pan de caridad para la vida del mundo.

ORATIO

Señor Dios omnipotente:

Padre de tu amado y bendecido Siervo Jesucristo, por

quien hemos recibido el conocimiento de ti, Dios de los ángeles y de las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya:

Yo te bendigo,
porque me tuviste por digno de esta hora,
a fin de tomar parte, contado entre tus mártires,
en el cáliz de Cristo
para la resurrección de la eterna vida, en alma y cuerpo,
en la incorrupción del Espíritu Santo.

Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia,
en sacrificio pingüe y aceptable,
conforme de antemano me lo preparaste
y me lo revelaste y ahora lo has cumplido,
tú, el infalible y verdadero Dios.

Por lo tanto, yo te alabo por todas las cosas,
te bendigo y te glorifico
por mediación del eterno y celeste Sumo Sacerdote,
Jesucristo, tu siervo amado,
por el cual sea gloria a Ti con el Espíritu Santo, ahora
y en los siglos por venir. Amén

(«Martirio de san Policarpo, XIV», en *Padres apostólicos*, ed. Daniel Ruiz Bueno, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid ²1967, pp. 682-683).

CONTEMPLATIO

Por eso, abandonemos los vanos discursos de las multitudes y las falsas doctrinas y volvamos a la enseñanza que nos ha sido transmitida desde el principio. Permaneciendo sobrios para la oración (cf. 1 Pe 4,7), constantes en los ayunos, suplicando en nuestras oraciones a Dios, que lo ve todo, que no nos introduzca en la tentación (Mt 6,13), pues el Señor ha dicho: «*El espíritu esta dispuesto, pero la carne es débil*» (Mt 26,41) [...].

Que Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y el mismo pontífice eterno, el Hijo de Dios, Jesucristo (cf. Heb 6,20; 7,13), os edifiquen en la fe y en la verdad, en toda mansedumbre, sin cólera, en paciencia y en magnanimidad, en tolerancia y en castidad. Y os den parte en la herencia de sus santos (Policarpo de Esmirna, *Carta a los Filipenses*, 7,2 y 12,2).

ACTIO

Durante la jornada de hoy, repite a menudo con san Policarpo:

«Señor, Dios omnipotente, te alabo, te bendigo y te glorifico por todos tus beneficios».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Antes de morir, Policarpo eleva a Dios una oración: en este momento se constituye en «ofrenda agradable». El verdadero protagonista en el acontecimiento-martirio es, para el mártir y confesor de la fe, ante todo y una vez más Dios. El Omnipotente, «Dios de los ángeles y de las potencias», es aquel por quien Policarpo ha sido elegido, privilegiado, y no sólo por lo que pudo realizar en vida, sino sobre todo por la muerte con la que pudo coronar su «testimonio». Frente a Dios, Policarpo, a punto de morir, se limita a bendecir y a dar gracias, puesto que se siente elegido por Dios gratuitamente. Policarpo, obediente, como Cristo, hasta la muerte, quiere ser, también en estos últimos momentos de su vida, sólo bendición, alimentado por la esperanza de que sea agradable a Dios el holocausto que se va a consumir.

Como Jesucristo, también Policarpo está ofreciendo su propio sacrificio. No se trata de una liturgia expresada a través de una dimensión cultural y ritual exterior, sino de una liturgia nacida del corazón y celebrada con el don de la vida y, por consiguiente, con el más auténtico significado sacrificial. Policarpo, por medio

de Jesucristo, recibió el «conocimiento» de Dios Padre y ahora, tal como hizo el Hijo, le entrega su vida, pero antes aún está su acción de gracias bendecidora, su alabanza, su gloria, su fe sin reservas, solemnemente proclamada y estigmatizada por el amén final, última palabra pronunciada por el mártir como perenne confirmación de su credo, de su absoluta pertenencia a Dios y sólo a Dios (C. Burini, «La preghiera di Policarpo, celebrazione del suo martirio», en *Parole Spirito e Vita* 25/1 [1992], pp. 193-198, *passim*).